

Un hombre de 55 años en una calle de una ciudad camino del albergue municipal.

ANTONIO. Tengo que lograr un poco de calma antes de llegar al albergue. ¿Dónde puedo ir? ¿A una iglesia? Están cerradas. ¿A un hospital como hacía antes de esto? Imposible con la que está cayendo. ¿A un parque? Algunos están cerrados y en otros hay operarios municipales que no te dejan entrar. ¿Dónde ir? ¡Ya lo tengo! A un gran almacén, de esos que están abiertos. ¿Qué hago yo en ese lugar y sin dinero? Si no tuviera este aspecto podría ir a una biblioteca, pero también echaron el cierre. Si estuvieran abiertas, me daría vergüenza ir; huelo mal. Las monjas, como somos muchos, han puesto turnos para las duchas y no puedo hacerlo todos los días. En fin, volveré a mi pequeño balcón de ese lugar, llamado albergue para transeúntes, que me desagrada bastante. Pero, tengo techo y comida que ya es mucho.

Vuelve al albergue y desde un balcón mira a la calle.

No hay nadie. Estaba con mis cavilaciones y hasta ahora no me he dado cuenta. ¡Extraña sensación! Las calles están igual que yo por dentro: vacío. Veamos en qué punto estoy hoy. Me echaron del trabajo, después de quince años, por reorganización de la plantilla en la última crisis económica. Mi mujer me abandonó por un vecino. El juez le ha dejado la casa, y a mí me ha dicho que me busque la vida. Menos mal que no hay niños por medio. Mis padres ya están en una residencia gracias, a la bondad de mis hermanitos. Así que..., Antonio a la calle. (*Ríe*). Ser desafortunado tiene su punto.

Me gasté, la parte que me quedó del paro, en hostales y pensiones; en menús económicos y en cosillas para mi aseo. Yo pienso que oler bien te hace más persona.

En aquellos días, de esto parece que hace mucho tiempo y no es así, se me iba la jornada volando: bibliotecas, cine, paseos..., hasta que se acabó el dinero.

Vi un cartel en el que pedían personas para vender repuestos de automóviles, y me presenté en la tienda. Trabajo, nadie le va a dar con su edad. Usted tiene bachiller ¿y qué? Queremos gente joven y más preparada. Si no tiene para comer, ¡pida el salario social! Le pegué dos puñetazos tipo *Oeste*. Se quedó perplejo. Hubo gente, cuando podía haberla, que me aplaudió. Fui a la comisaría, cuando volví a la pensión, la avara me estaba esperando: “O me pagas o llamo a la policía.” Me marché, y hasta la vista.

Pues nada, a seguir. Además de luchar contra el virus podían luchar por gente como yo y por algunos que aún están peor. Pero esa es otra historia.

Mirando a público.

Aprendí, y les quiero recordar, que la soledad es lo más bello que un ser humano puede regalarse a sí mismo, cuando la aprietas contra tu pecho, sientes que el amor está ausente.